

Sublevaciones

ÓSCAR HUMBERTO PINZÓN CRISTANCHO*

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia

Didi-Huberman, Georges (Curador). *Sublevaciones*. Buenos Aires: Editorial Universidad Nacional Tres de Febrero, 2017. 201 páginas.

En los últimos años en muchas latitudes del planeta han surgido manifestaciones de protesta en las que miles de ciudadanos han salido a las calles a expresar su malestar, a reclamar sus derechos o a exigir mejores condiciones de vida. Gestos de indignación, palabras denunciadoras y deseo de cambio son el común denominador de las sublevaciones que se han hecho sentir en la historia reciente. La recurrencia de estas manifestaciones lleva a plantear cuestiones como: ¿qué lleva a un sujeto a sublevarse? ¿Cuáles son las características de la insubordinación? El abordaje de estas preguntas fue el motor de la exposición *Sublevaciones*, diseñada en el museo Jeu de Paume de París en el año 2016 y que contó con la curaduría del profesor Georges Didi-Huberman.

El trabajo del Jeu de Paume está guiado por la convicción de que los museos y las instituciones culturales no deben alejarse de los desafíos sociales y políticos de la sociedad a la que pertenecen. Tomando como base la idea de que “el arte se da como el ojo mismo de la historia”, la apuesta de *Sublevaciones* fue analizar la forma como se han registrado

actos de sublevación en la pintura, el cine y la fotografía. Su hilo conductor fue un ensayo de Didi-Huberman en el que el profesor explora varias inquietudes acerca de la naturaleza de las sublevaciones estableciendo un fructífero diálogo con las artes, la filosofía, la literatura y el psicoanálisis. La estructura de la exposición se dividió en cinco ejes: *Elementos* (desencadenados), *Gestos* (intensos), *Palabras* (exclamadas), *Conflictos* (encendidos) y *Deseos* (indestructibles); en cada uno se entrelazaron obras que ilustran hechos de insubordinación, muestran a sus protagonistas o plasman aquello que los moviliza. En ese sentido, *Sublevaciones* fue concebida como un montaje de palabras, gestos y acciones donde se ha desafiado la sumisión a un poder absoluto. Su estilo, similar a los atlas diseñados por el historiador Aby Warburg, conjuga imágenes y memoria e invita al espectador a cuestionarse por el lugar de la protesta social en el pasado y en la actualidad. La exposición contó con más de 250 obras de artistas procedentes de diferentes épocas y lugares, y estuvo itinerante en cinco ciudades: París, Barcelona, Ciudad de México, São Paulo y Buenos Aires; en cada ciudad hubo singularidades, ya que se involucraron obras aportadas por los museos que la acogieron. La presente reseña corresponde a la publicación que complementó la muestra organizada en Buenos Aires en el año 2017 en colaboración con el MUNTREF-Centro de Arte Contemporáneo.

Didi-Huberman inicia abordando lo que denomina “la pesadez de nuestros tiempos”, esa pesadez se hace evidente en las diferentes crisis humanitarias alrededor del globo, como,

* e-mail: ohpinzonc@unal.edu.co

CÓMO CITAR: Pinzón Cristancho, Óscar Humberto. “Sublevaciones (reseña)”. *Desde el Jardín de Freud* 21 (2021): 528-532, doi: 10.15446/djf.n21.101279.

© Obra plástica: Lesivo Bestial

por ejemplo, en la situación crítica de los inmigrantes en Grecia o también podríamos pensar en la dura realidad del conflicto armado en Colombia. Frente a estos fenómenos, surge la cuestión por las posibles rutas de acción en los tiempos de dificultad y desigualdad; por un lado, está la opción de esperar, aguantar mientras todo pasa, pero, por otro, también está la vía de levantar las cargas, sacudirse de la cabeza esa pesadez que oprime y alzarse. De este modo, el primer elemento que caracteriza a la sublevación es su relación con un movimiento, el levantarse es inherente al acto de sublevarse. Sin embargo, ¿qué permite la emergencia de ese movimiento? El curador plantea que las sublevaciones están ancladas al *deseo*, el cual tiene la propiedad de ser constante y retornar; al respecto, retoma el planteamiento de Freud en “La interpretación de los sueños” acerca de la indestructibilidad del deseo: “[...] En la medida en que el sueño nos presenta un deseo como cumplido, nos traslada indudablemente al futuro; pero este futuro que al soñante le parece presente es creado a imagen y semejanza de aquel pasado por el deseo indestructible”¹.

Ese carácter indestructible del deseo permite visualizar que las sublevaciones son desencadenadas por fuerzas asociadas a todo lo que nos concierne más esencialmente, el acto de oponerse al orden establecido tiene un anclaje a lo más íntimo del sujeto; esto lleva a recordar que mientras Lacan estudiaba la obra freudiana se percató de que la génesis de la dimensión moral está arraigada en el propio deseo. Ahora bien, la relación entre deseo y sublevación abre campo a otra pregunta: ¿por qué el deseo se enciende y la sublevación se despliega, casi siempre, cuando hay un elemento de ruptura o con la superación de los límites? Didi-Huberman plantea que la sublevación se desencadena con la pérdida porque después de la parálisis inicial que suele acompañar el duelo surge un movimiento, se suele movilizar el deseo. Siguiendo

a Freud en “Duelo y melancolía”², retoma el planteamiento sobre cómo la pérdida puede generar una renuencia de gran intensidad y una retención del objeto por vía de una psicosis alucinatoria de deseo; sin embargo, el curador agrega que también puede darse un giro de la queja hacia un actuar en contra de aquello que suscitó la pérdida, de modo tal que la renuencia puede favorecer la creación de una realidad nueva, jugándose entonces una dialéctica que va del abatimiento al levantamiento. Dicha dialéctica se refleja en el hecho de que las sublevaciones se muestran a través de gestos, es decir, en formas corporales. Esto se puede visualizar en grandes obras de arte como la bandera revolucionaria y los pechos al descubierto en *La libertad guiando al pueblo* de Delacroix, o el contraste entre desesperación y esperanza plasmado por Theodore Géricault en la vela y los naufragos de *La balsa de la medusa*.

Un aspecto de gran interés de *Sublevaciones* es la articulación que se da con obras cinematográficas. Dos clásicos que explora son *El acorazado Potemkin* de Eisenstein de 1925, que narra la sublevación ocurrida en el puerto de Odesa en 1905, y el documental de Chris Marker *El fondo del aire es rojo* de 1977, que en su prólogo retoma imágenes del *Potemkin* y de luchas políticas de los años sesenta y setenta. En estos filmes se puede visualizar cómo los gestos de las sublevaciones suelen surgir de un duelo, de una pérdida que inicialmente ha paralizado, para luego desencadenar indignación. Por ejemplo, en el *Potemkin* la sublevación de la multitud se enarbola tras el asesinato de un marinero por parte de un miembro de las centurias negras. Ese gesto tiene un eco contundente en la actualidad y lo podemos percibir en casos recientes como el asesinato de George Floyd, que ha generado masivas sublevaciones en contra de la brutalidad policiaca y el racismo, o el asesinato del joven Dilan Cruz, que movilizó a miles de ciudadanos en Colombia.

1. Sigmund Freud, “La interpretación de los sueños” (1905), en *Obras completas*, vol. V (Buenos Aires: Amorrortu, 1991), 608.

2. Sigmund Freud, “Duelo y melancolía” (1917), en *Obras completas*, vol. XIV (Buenos Aires: Amorrortu, 1991).

Didi-Huberman avanza preguntándose por el rol de la sublevación en la historia y dentro de las relaciones de poder. Ante esto, señala que un rol fundamental de sublevarse es romper con una historia que se cree concluida, pero desde un lugar particular: el del *No poder*.

[...] Sublevarse sería, por tanto, el gesto por el que los sujetos del no poder hacen suceder en ellos —o sobrevenir, o volver a ocurrir— una especie de *potencia* fundamental. Potencia soberana, sin embargo, caracterizada por un no poder persistente, no poder que, a su vez, parece marcado por el sello de la fatalidad [...]. Sublevaciones, pues: potencias desde, o dentro de, el no poder mismo. Potencias nativas. Potencias nacientes, sin garantía de su propio fin, por tanto, sin garantía de poder [...].³

Teniendo como base la relación con el deseo, la potencia y el no poder, el curador explora otros aspectos filosóficos y éticos implicados en las sublevaciones. Para ello, evoca ejemplos de sublevación como el Mayo del 68 o las manifestaciones en contra de la guerra en Argelia, y hace una revisión de los planteamientos de varios autores. Dentro de los teóricos que toma como referentes, está Georges Bataille, de quien resalta que en su obra ha precisado el valor transgresor del deseo como potencia de sublevación, un espíritu que se manifiesta sobrepasando todo y asciende desde el interior del sujeto. También retoma algunas ideas de Albert Camus y su debate con Sartre a partir de la pregunta ¿qué es un hombre rebelde?. Frente a ello Didi-Huberman sitúa que es un hombre que ha dicho *sí* al deseo de ir en contra; ese asentimiento abre la perspectiva sobre el tiempo en el que se juega la sublevación: “El tiempo de la rebelión sería, por tanto, el tiempo de un presente *deseoso*, de un presente en tensión, en movimiento hacia el futuro por el propio gesto de volverse

en contra: un presente impugnándose desde su interior por medio de la potencia del deseo que se le escapa [...]”⁴.

Pensar en la posibilidad de asumir el deseo de ir en contra conduce al curador a establecer interlocución con filósofos como Spinoza, Kant y Hegel para trabajar en cuestiones sobre la libertad y lo que se requiere para que el pensamiento vaya más allá del estado de tutela que lo puede preceder. El abordaje de la dialéctica hegeliana le permite analizar la interacción entre el deseo, la lucha, el dominio y el reconocimiento, abriendo lugar a la pregunta por el trasfondo ético de la sublevación y la relación con aquel que detenta la posición de amo: “El respeto y el reconocimiento, ¿acaso no deben *arrancarse* a quienes los niegan desde su posición de amos?”⁵.

Que el deseo aboque a la confrontación con aquellos que tienen el dominio lleva a retomar las formulaciones de Bataille acerca del juego lúgubre y rebelde del deseo inconsciente, esa propiedad de “negatividad del Eros” palpable en las sublevaciones, que algunas tradiciones teóricas han obviado. Esta particularidad del Eros también conduce a revisar planteamientos de autores como György Lukács, que introdujo la noción de *reificación*, concepto de gran relevancia porque da luces sobre los avatares que afrontan el deseo y el reconocimiento en la sociedad contemporánea:

[...] la “reificación”, inherente a la estructura mercantil de la sociedad capitalista, afecta a todas las relaciones sociales y origina una “dislocación del sujeto”, como si el “fetichismo de la mercancía” [...] fuese capaz de propagarse en los ámbitos más íntimos o espirituales, especialmente a los de la psicología y la cultura.⁶

El debate teórico en torno a la reificación y sus implicaciones en el deseo también permite estudiar algunas

3. Georges Didi-Huberman (Curador), *Sublevaciones* (Buenos Aires: Editorial Universidad Nacional Tres de Febrero, 2017), 102.

4. *Ibíd.*, 110.

5. *Ibíd.*, 130.

6. *Ibíd.*, 132.

ideas de Herbert Marcuse, quien se cuestiona ante el planteamiento freudiano de la renuncia pulsional exigida por la civilización. Este autor se pregunta por las implicaciones de dicha renuncia y señala que puede generarse una renuncia de deseo, trayendo consigo una estructura de alienación o “reificación física-psíquica”. Marcuse alerta sobre la capacidad del capitalismo moderno para crear una sociedad sin oposición al diluir el pensamiento y la crítica, lo que da pie a nuevas formas de control porque absorbe los antagonismos y genera una indiferencia general que no nos es extraña en la actualidad. La posibilidad de la liberación de un Eros político, entendido como un arma decisiva contra las servidumbres contemporáneas, lleva a visualizar el valor de la oposición de aquellos que se encuentran por fuera, los *outsiders* de los procesos democráticos, las razas diferentes, las clases explotadas y perseguidas, que, pese a todo, pueden y se atreven a generar una oposición que golpea al sistema desde el exterior, constituyéndose como una fuerza elemental que trasgrede las reglas del sistema neoliberal. Esto nos lleva a pensar en el valor de las acciones que realizan los líderes y las lideresas sociales en Colombia, como también el por qué algunos están tan interesados en silenciarlos para siempre.

La incidencia de aquellos que han sido explotados o están fuera del sistema evidencia otro factor clave: el *rechazo*, que sería un gesto fundamental de las sublevaciones, ya que de la mano del levantamiento viene un *no* ante aquello que oprime; sin duda alguna, el caso de la mítica Antígona ilustra profundamente el valor de ese gesto. Los aportes de Maurice Blanchot abren la perspectiva acerca del sentido de rechazar. Este autor destaca que el rechazo no se cumple por nosotros mismos ni solo en nuestro nombre, sino a partir de un comienzo muy pobre que de entrada pertenece a aquellos que no pueden hablar. Cuando el rechazo se cultiva puede convertirse en un acto que deja vivir, que no se impone autoritariamente, pero que excede las posibilidades fijadas, es decir, un *rechazo-potencia* que implica rehusarse a hacer lo impuesto abusivamente para decidir hacer-existir otra cosa.

Sin embargo, el rechazo no siempre puede culminar en la sublevación. Didi-Huberman puntualiza que el miedo es el primer enemigo de las sublevaciones porque precisamente impone el silencio e inmoviliza los cuerpos, los gestos y los deseos. Por lo tanto, cuando se manda lejos el miedo, los pueblos producen una voz que termina conduciendo a la sublevación. Este aspecto es de gran interés debido a que el curador identifica en la voz y, específicamente, en el grito, en el clamor, la vía de expresión por excelencia de aquellos que han decidido sublevarse. El grito tiene la propiedad de adoptar mil formas, pero es necesario trabajarlo para que pueda aportar; cuando el grito se ha trabajado, permite crear cosas nuevas; en consecuencia, el acto de rehusar consiste en hacer germinar nuevas posibilidades en la conciencia pública. Una de las caras más valiosas del grito es el libro; un ejemplo significativo fueron las publicaciones de libros críticos en París frente a las decisiones del Gobierno francés durante la guerra de independencia de Argelia.

La noción de rechazar también lleva a pensar en la desobediencia. Didi-Huberman plantea que el deseo nos constituye en el sentido de que nos levanta, es nuestra *dynamis*, de modo tal que: “Desobedecer sería el rechazo hecho acción y al mismo tiempo la afirmación de un deseo en tanto que irreductible [...]”⁷. El curador explora diferentes posturas acerca de la desobediencia civil y el ejercicio de la violencia; en este punto aporta al debate resaltando que no puede desconocerse un factor fundamental: “La violencia estaría en el centro del hecho político: sería el remolino que hace temblar o precipitarse a la historia de las sociedades humanas entregadas al enfrentamiento [...]”⁸.

La violencia tradicionalmente ha sido concebida como un elemento sin sustento ético, pero desde algunas posturas es considerada legítima cuando es impartida por el Estado. En este punto, Didi-Huberman sigue las ideas del filósofo

7. *Ibíd.*, 154.

8. *Ibíd.*, 158.

Walter Benjamin acerca de la particularidad de las relaciones entre la violencia, el derecho y la justicia, como también su formulación sobre “el deber de rechazar cualquier violencia fundadora o conservadora del derecho”. Teniendo en cuenta los aportes del alemán, aparece en el horizonte la cuestión por el lugar de la acción violenta: ¿acaso la violencia es ejercida por aquellos que tienen el poder o es la forma de reclamar de aquellos que no lo tienen? El curador recuerda que no se debe olvidar la “intrusión masiva de la violencia criminal en el dominio de la política”, es decir, el ejercicio de la violencia desde los escenarios de poder que ha sido tan evidente en la historia reciente. Sorprendentemente, el término alemán *gewalt* significa ‘violencia’ y también ‘poder’, lo cual deja abierta la pregunta sobre si es posible que exista una violencia humana que sea de potencia y no de poder, es decir, si puede concebirse una violencia que sea justa en el sentido ético y no legítima en un sentido netamente jurídico.

En el apartado final, Didi-Huberman recuerda que, además de desobedecer, también se requiere una llamada a la insumisión, situarla en el espacio público y difundirla:

¿Sublevarse? De entrada, levantar el miedo, sin duda. Arrojarlo muy lejos. Dicho de otra forma, tirárselo directamente a la cara de aquel o de aquellos que obtienen poder al controlar nuestros miedos. Arrojarlo muy lejos, pero igualmente hacer circular ese gesto. Darle, al hacerlo, un sentido político. Es haber elevado su deseo. Es haber tomado —y con él su alegría expansiva— para lanzarlo al aire, de manera que se propague por el espacio que respiramos, el espacio de los otros, el espacio público y político entero [...].⁹

9. *Ibíd.*, 167.

Ese acto de llamada se apuntala en un aspecto central: se requiere saber sublevar el idioma, y en esa tarea es pertinente recurrir a la poesía, es más, existe una dimensión poética en los gestos de sublevación. Para explorar esta dimensión, Didi-Huberman hace referencia a otra obra cinematográfica de los años 60: *Soy Cuba* de Mikhail Kalatozov. De ella sobresale una escena en la que un grupo de estudiantes elabora y reparte panfletos, uno de ellos los lanza al aire desde una terraza y, mientras los panfletos se elevan al cielo como *mariposas* que invitan a la rebelión, los jóvenes abajo son agredidos por la policía. Esas mariposas, pese a su aparente fragilidad, adquieren un valor muy importante porque pueden llegar muy lejos e instar a la sublevación, son: “[...] el indicio de un deseo que vuela, que va donde quiere, que insiste, que persiste, que resiste pese a todo”¹⁰. En consecuencia, el panfleto posee un gran valor, es un arma muy poderosa porque puede transmitir afectos, informar de acontecimientos, explicar aspectos técnicos y, con ello, favorecer a que se concrete la insubordinación. El curador señala que los panfletos son letras escritas para levantarse, para volar, así la dimensión poética juega un papel determinante cuando se ha encendido la sublevación y se desea hacer circular su llama.

En definitiva, *Sublevaciones* ofrece al espectador-lector la posibilidad de contemplar, aprender, sorprenderse y cuestionarse frente al sentido de alzar la voz, de protestar, no solo en el pasado, sino también en el presente. El profundo mensaje de las obras e imágenes junto con el diálogo interdisciplinario permiten repensar aspectos de la historia, la subjetividad y los fenómenos sociales contemporáneos.

10. *Ibíd.*, 168.